

La Diablesa y el 8 de marzo

La estratificación jerárquica de la sociedad oriolana en el siglo XVII, era similar, en lo fundamental, a la del siglo XV; es decir, casi medieval en su distribución social y económica. La mayoría de la población era analfabeta, vivía en la pura miseria y estaba absolutamente abandonada por la nobleza y la élite religiosa católica (también noble) que gozaban de toda clase de privilegios. En aquel tiempo las mujeres eran consideradas poco más que esclavas. La espiritualidad, también medieval, era producto de una nula instrucción religiosa. Como resultado de todo esto las costumbres sociales dejaban mucho que desear en sus aspectos morales, y hasta el propio clero, mal formado, no era precisamente un ejemplo de conducta y religiosidad para la población.

En este período histórico de la segunda mitad del siglo XVII se desarrollaba un nuevo movimiento artístico que con el tiempo fue calificado como estilo Barroco. De algún modo, este nuevo estilo en sus distintas acepciones rompía el orden y la armonía propios del Renacimiento, el artista se convertía en un virtuoso alucinado identificado con la metáfora y el delirio, y su visión iría, con frecuencia, más allá de lo meramente formal, su límite a partir de ahora será el infinito, nada menos. Esta nueva sensibilidad artística, manipulada convenientemente por el poder establecido, cumplía una doble función: impresionar y ofuscar a las gentes, y transmitir contenidos morales e ideológicos. Por esta razón, el Barroco ha sido calificado como el arte de la contrarreforma, una respuesta político-religiosa contra los que se atrevieron a discutir y poner en duda la doctrina y el poder absolutista del Papa y el Vaticano. Con el tiempo, los decretos tridentinos y el espíritu de la contrarreforma encarnado en los jesuitas, poco a poco fueron imponiéndose en una sociedad inculta y marginada, controlada, aún en sus pensamientos más íntimos, por la Iglesia Católica, una organización que en esta pequeña sede episcopal de Orihuela gozaba de gran poder económico y gran influencia en la población y en las familias. En este ambiente de religiosidad contrarreformista utilizado por la Iglesia para insuflar sus ideales al cuerpo social y ejercer un control estricto sobre la vida pública, una cofradía gremial de Orihuela encargó al escultor Nicolás de Bussy el "paso" de "La Cruz de los Labradores" que hoy se exhibe en uno de los

museos de la ciudad. Este grupo escultórico llamado popularmente "La Diablesa", surgió, por lo tanto, de aquella sociedad oriolana, política y culturalmente contrarreformista, anclada en el medievo y controlada por el poder omnímodo de la Iglesia y los "señoritos" de aquel tiempo. Entre los componentes de este "paso" o grupo escultórico pasional, destaca la inquietante presencia de la enigmática figura de un diablo andrógino (la Diablesa) con su brazo izquierdo apoyado en un libro abierto, también enigmático. Esta escultura realizada por De Bussy llama poderosamente la atención por lo infrecuente de su uso en el ámbito de la cultura y civilización cristiana: el escultor evoca a Satanás- ex ángel Lucifer- y a Eva representando a un diablo con pechos de mujer. Normalmente la Iglesia acostumbra a representar al Diablo como un animal monstruoso, siempre bajo el aspecto de un ser repugnante, como una bestia que encarnara el mal absoluto; pero el diablo de De Bussy, tendido en el suelo en un gesto de torsión típicamente barroco (serpentinata manierista), es como una representación burlona y misógina del drama cósmico del ángel caído con alas membranosas de murciélago ridículamente pequeñas, nada que ver con "lo normal" en este tipo de representaciones. De Bussy representa a Lucifer como un ser feo y oscuro, con calva frailuna- quizás un modelo real-, con unos cuernos "pánicos" y rabo retorcido de dragón, pícaramente situado. El escultor conforma la figura de un ser vicioso y negativo, como todos los seres híbridos que en la antigüedad desestabilizaban y destruían el orden; es como una representación del mal absoluto sintetizado en un ser hermafrodita, recurso ideal para reunir en un solo cuerpo a dos seres infortunados: Eva y el ex ángel Lucifer, personajes de la mitología bíblica que cargaron con la "culpa" universal, responsables de la pérdida de Adán, el "padre" de la humanidad. El artista sintetiza en un rostro todos los "pecados" posibles que un ser humano pueda cometer, todos concentrados en el gesto crispado de la mano o garra; en la boca abierta y húmeda; en los dientes afilados; en la lengua de burla; y en el rostro de entrecejo arrugado y cejas suplicantes de cínica ternura que envuelve una mirada dilatada hacia la infinita oscuridad. Todo reunido en una sola figura: "la Diablesa", una escultura que parece estar transmutándose en el cuerpo de una mujer con la intención de estigmatizarlo como símbolo del mal, algo muy barroco a la manera de un emblema moral católico. De Bussy coloca la manzana del pecado en la mano derecha feminizada del andrógino para recordar la desobediencia a Dios y la pérdida del paraíso; el codo izquierdo se apoya en un

misterioso libro abierto, que quizás sugiere el libro de conjuros y encantamientos de Cipriano el mago.; pero además la figura desnuda y diabólica de De Bussy sugiere que el diablo puede que esté mucho más rodeado de misterio que el mismo Dios (G. Bataille). A la vista de la obra no se sabe qué parte de la Diablesa es más "diabólica": la parte femenina o la parte masculina. O quizás la escultura representa intencionadamente al mismo Lucifer poseído por una mujer, algo más terrible y temido que el mismo ángel caído, según la Iglesia Católica. El escultor nos muestra la fealdad de lo malo; evoca lo desordenado y pecaminoso de la actividad sexual denigrando a la mujer, simbolizando así su esencia verdadera: la encarnación del mal. Esto es así a pesar de que es una maravillosa escultura realizada por un gran artista y utilizada para impresionar y ofuscar a las gentes del siglo XVII. Realmente es una malintencionada identificación de lo malo con la mujer, y su contenido moral e ideológico es muy del gusto de la Iglesia de ayer y de hoy.

Nada inocente esconde esta figura cuando es exhibida en procesión por las calles de Orihuela. Esta escultura no es un muñeco de cartón piedra de una "falla" satírica destinada a ser purificada por el fuego: es algo muy serio para los promotores de la celebración católica. La Diablesa no es un "ninot". Todo lo que procesiona por las calles en esos días de recogimiento religioso forma parte del corpus de creencias de la religión católica y esto es precisamente lo que ofende, independientemente de que uno sea creyente o no; es decir, la figura de la Diablesa insulta gravemente a la condición femenina en tanto que forma parte de la catequesis pública de una religión, no es una broma festera de mejor o peor gusto, es una afrenta a las mujeres, un escarnio público a personas que todavía están luchando por su libertad y por la igualdad de derechos con el hombre; su exhibición pública es una sutil violencia de genero que pasa desapercibida ante la mirada inocente de un público entregado, impresionado y ofuscado. No hay nada de festivo e inocente en la participación de la escultura de De Bussy en los desfiles pasionales de la Semana Santa, todo lo contrario. Por eso solicitamos públicamente, a quien corresponda, una mayor sensibilidad y respeto hacia la mujer y su lucha por la igualdad y sus derechos, y que se evite este escarnio, esta injusta exhibición misógina por las calles de la ciudad. Si la escultura no puede estar en lugar sagrado porque ofende a Dios, seguramente por lo indecoroso del diablo con pechos de mujer, tampoco debe de ser exhibida por las calles en una procesión religiosa

ofendiendo doctrinalmente a las mujeres. Su lugar es el museo; es allí donde debe estar para mostrar su belleza. El arte encarna en si mismo la libertad de expresión más absoluta, no hay nada que objetar o censurar de la obra de ningún artista, Nicolás de Bussy realiza una obra magnífica digna de admiración; pero ha de tener su lugar en una sala de arte o en un museo y no formando parte de una catequesis pública como es la Semana Santa. Esta exhibición puede herir la sensibilidad de algunas personas. De hecho hiere.

Federico Fellini en su película "*Y la nave va*" incluyó un rinoceronte en algunas de las escenas rodadas a bordo del trasatlántico en el que se desarrolla la historia. En una de ellas, después del naufragio y el salvamento de los pasajeros y la tripulación, aparece una barca con un hombre remando con gran esfuerzo llevando en la popa al enorme rinoceronte. Esta enigmática escena ha sido objeto de diversas opiniones acerca de su significación; aunque el propio Fellini rehusara a darle sentido alguno, costumbre habitual en él. Según algunos autores el rinoceronte simbolizaría el pesado "lastre", alojado en el inconsciente colectivo, conformado por algunas creencias, tradiciones y costumbres, que sobrevive a la historia y acompaña a los supervivientes de cada uno de los múltiples naufragios que arrastra consigo la humanidad. Un "pesado lastre" que dificulta el avance de la humanidad hacia la construcción de un mundo más justo y sobre todo respetuoso. Seguimos llevando a bordo el rinoceronte.

JOSÉ RAYOS MENÁRGUEZ

GUADALUPE SÁNCHEZ GUINART

JOSÉ LUIS RAYOS SÁNCHEZ

